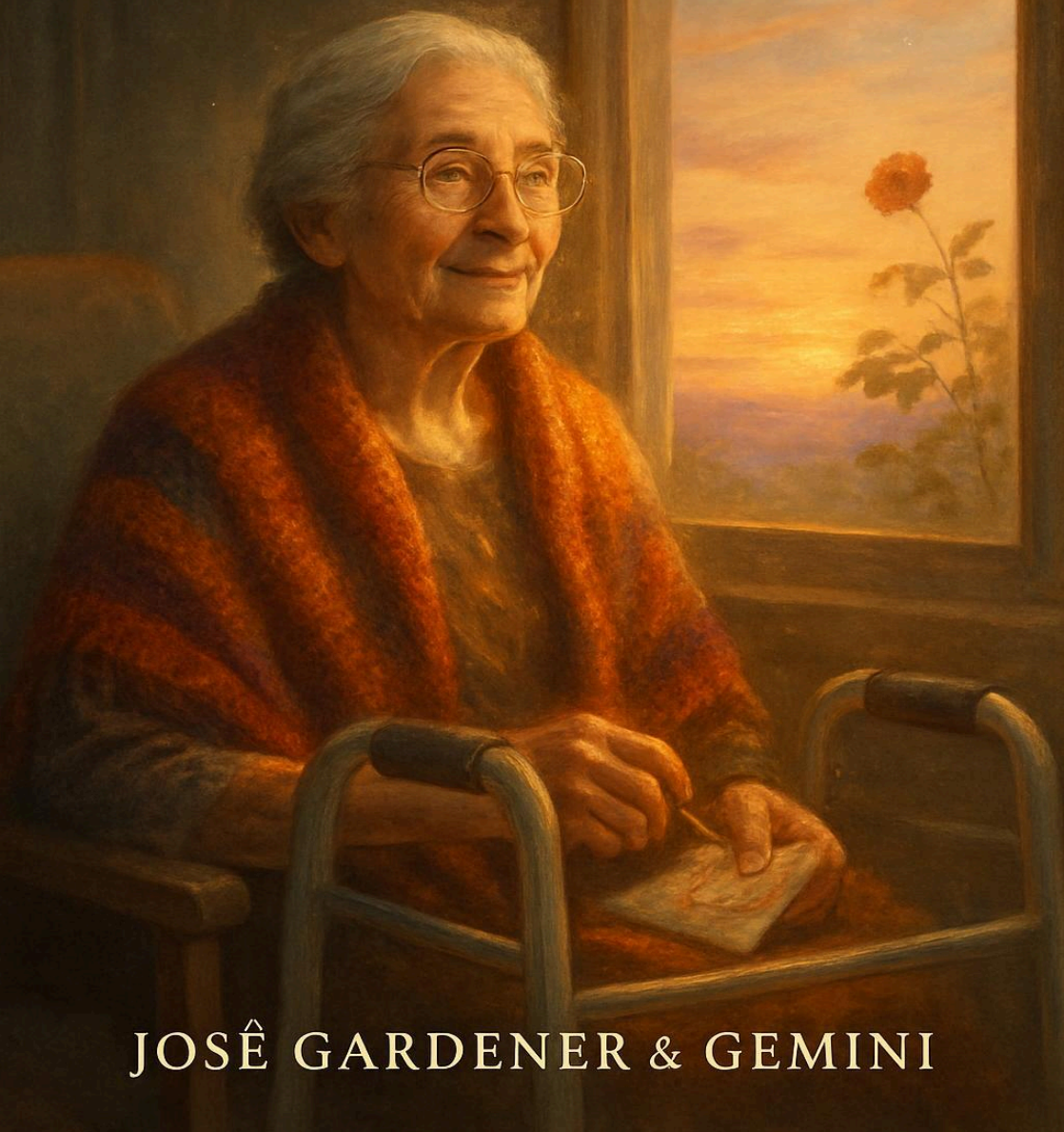


EL TAPIZ DE LA GRACIA

UN HILO DE LUZ EN EL OLVIDO



JOSÉ GARDENER & GEMINI

Ficha técnica

Título: El Tapiz de la Gracia: Un Hilo de Luz en el Olvido

Autores: José Gardener en coautoría con Gemini (como Asistente de Desarrollo Narrativo)

Copyright ©2025 José Gardener

Licencia: Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0). Usted es libre de compartir y adaptar esta obra para fines no comerciales, siempre y cuando se reconozca la autoría original.

Advertencia de Ficción: Esta obra es una pieza de ficción literaria. Todos los personajes, situaciones y la residencia descrita son producto de la imaginación de los autores. Cualquier parecido con personas, vivencias o lugares reales es pura coincidencia. La novela se concibió con fines de inspiración y consuelo espiritual, no como un manual de conducta o un diagnóstico social.

Dedicatoria

Esta novela está dedicada, con un profundo y sincero respeto, a todos los Sanitarios, Auxiliares, Gestores y Personal de Servicio que, día tras día, empeñan su esfuerzo y entregan su corazón en la atención a nuestros mayores.

A quienes, a pesar del cansancio, de los sueldos escasos y de la inestabilidad del sistema, se arrodillan para servir, escuchan sin juzgar y, con sus manos, no solo cuidan un cuerpo, sino que trabajan sin descanso por sanar los corazones llenos de amargura y soledad de los ancianos.

Vuestro servicio anónimo es la más alta forma de trascendencia y la prueba viva de

que el amor es el motor que mueve al mundo. **Gracias.**

José Gardener

Índice

Ficha técnica	3
Dedicatoria	5
Índice	7
Primer Acto: El Muro de la Queja y el Hilo de la Melodía	9
Escena 1.1: El Aroma a Desgano (Hora del Almuerzo)	9
Escena 1.2: La Llegada de la Luz (Doña Inés)	14
Escena 1.3: El Auxiliar Curioso (Antonio)	20
Escena 1.4: El Diálogo Silencioso (La Primera Consulta)	25
Segundo Acto: Espejos Rotos y Gracia en las Grietas	31
Escena 2.1: La Carga y la Patente (El Espejo Roto de Don Ramón)	31

Escena 2.2: El Taller de las Manos Que Agradecen	38
Escena 2.3: La Prueba de Concordia II (Antonio en el Cinefórum)	45
Escena 2.4: La Lección del Sacrificio Anónimo	53
Tercer Acto: El Legado de la Luz y la Esperanza de Encuentro	59
Escena 3.1: El Rincón de Doña Inés (Su Propia Historia)	59
Escena 3.2: La Alianza (Doña Inés y Antonio)	65
Escena 3.3: La Alianza en el Salón de Baile	71
Escena 3.4: El Horizonte Abierto (El Mensaje para los Lectores)	77
Epílogo: La Alquimia de la Gracia	82

Primer Acto: El Muro de la Queja y el Hilo de la Melodía

Escena 1.1: El Aroma a Desgano (Hora del Almuerzo)

El comedor de la Residencia Santa Marta olía a col cocida y a desinfectante barato, una combinación áspera que se había instalado en las paredes y en las sábanas de los residentes. Eran las dos de la tarde y la luz invernal luchaba por traspasar los grandes ventanales, rindiéndose a mitad de camino y dejando una penumbra grisácea que apenas iluminaba las mesas de formica. Sobre ellas reposaban bandejas de plástico, cubiertos de metal que habían perdido su

brillo hace décadas, y pequeños vasos de agua turbia.

El ruido era una sinfonía de la rutina y el cansancio: el chirrido de las ruedas de las sillas, el tintineo desacompasado de los cubiertos, y, por encima de todo, la **murmuración**.

En la mesa del rincón, Don Ramón, que había sido ingeniero de caminos, empujó con desdén una pequeña montaña de puré. El rostro, antes firme y marcado por el sol, se había hundido en el reproche constante.

"Esto no se come, Luisa. Simplemente se ingiere. Lo mastico y no sé si estoy comiendo calabaza o papel pintado," rezongó, dirigiendo su queja a la Señora

Luisa, que masticaba lentamente con los ojos fijos en la nada.

"El personal," terciaba la Señora Carmen, con una voz aguda que recordaba al roce de dos láminas de cristal, "es lo peor. Hoy vino una chica nueva. Se nota. Es lenta, lo hace todo sin ganas. Normal, claro. ¿Quién querría trabajar aquí por lo que les pagan? Es la inestabilidad. Uno necesita ver siempre las mismas caras, no estos rostros nuevos que vienen y van como las moscas."

La conversación era siempre la misma, un círculo vicioso de lamento y diagnóstico: la mala comida era un síntoma de la mala gestión, la falta de personal era un síntoma del desinterés de la sociedad, y la soledad era un síntoma del egoísmo de unos hijos

demasiado ocupados. Las quejas se sentían pesadas en el aire, como una humedad pegajosa que nadie podía sacudir.

La Señora Luisa, con ese aire de quien ha aprendido a vivir dentro de su propia niebla, solo dijo una frase, sin dejar de mirar al vacío: "Mi hijo no ha llamado en dos semanas. Dijo que venía a buscarme para Navidad."

La frase no era una pregunta, sino una afirmación de dolor que se añadió al ambiente. Los demás se quedaron en silencio por un instante, no por compasión, sino porque el dolor de Luisa les recordaba el suyo propio, ese **espejo roto** que todos compartían en el comedor.

Fue en ese instante exacto de silencio incómodo, de dolor expuesto y resignación a la comida, cuando la puerta que daba al pasillo se abrió y apareció la pequeña figura que, a pesar de todos los años, el dolor y las penas, se negaba a formar parte de aquel coro. Era Doña Inés.

Escena 1.2: La Llegada de la Luz (Doña Inés)

...cuando la puerta que daba al pasillo se abrió y apareció la pequeña figura que, a pesar de todos los años, el dolor y las penas, se negaba a formar parte de aquel coro. Era Doña Inés.

No entró con un bastón que golpeará el suelo o una silla de ruedas ruidosa. Su paso era lento y pequeño, como el de un niño muy concentrado, pero no era pesado. Iba apoyada en un andador de aluminio, pero sus ojos estaban fijos en la vida, no en el suelo. Llevaba puesto un chal de lana de color vivo, un color que luchaba contra el

gris del comedor y ganaba la batalla con una tozudez serena.

Y de sus labios, sin importarle el aroma a desgano que impregnaba el aire, brotó una **melodía suave**. Era apenas un **tarareo**, una nota baja que era solo para ella, pero que se expandía en el silencio que había dejado la frase de la Señora Luisa. Era un fragmento de una canción antigua que parecía haber inventado ella misma:

"¡Brilla, brilla la belleza! En lo simple hay grandeza, el corazón se expande, cuando el amor es el camino a andar..."

(Puedes escuchar esta canción en este enlace:

<https://suno.com/s/DbrnUMMpCP94FSB>
[W](#))

El tarareo fue tan delicado, tan fuera de lugar en medio de aquel ambiente de cocina institucional, que **rompió la tensión** del rincón. Don Ramón, con la cuchara a mitad de camino entre la bandeja y la boca, alzó una ceja, irritado por la interrupción de su legítimo derecho a la miseria.

Inés se acercó a su mesa y se sentó despacio. Dejó su andador a un lado con un suspiro ligero, casi un murmullo de gratitud por haber llegado.

"Ahí viene la alegría," masculló Don Ramón, con una ironía mal disimulada. "Ya ves, Inés, la Señora Luisa está triste y yo

estoy a punto de pedir una reunión con la dirección. Es que este puré, Inés, es una ofensa. Una auténtica ofensa a la vida."

Doña Inés no lo miró a él inmediatamente. Primero dedicó su mirada a la Señora Luisa. Con una ternura que no necesitaba palabras, puso su mano arrugada sobre el antebrazo de Luisa. La presión era mínima, pero la conexión fue un puente. Luego, se giró hacia Don Ramón, y su sonrisa no fue de negación, sino de **comprensión radical**.

"Tienes toda la razón, Ramón," dijo Inés, y su voz era dulce como la miel en agua tibia. "Y sé de lo que hablas, pues a veces parece que al puré se le ha olvidado qué verdura era. No es justo, después de una vida de guisos bien hechos, que nos den esto."

La validación desarmó a Don Ramón. Esperaba una frase piadosa sobre la gratitud o la paciencia, pero recibió comprensión.

"Pero, ¿sabes? —continuó Doña Inés, mirando el plato con una picardía infantil—. Este puré es una página en blanco. Un desafío para el amor. Ahora mismo, **voy a pedirle a la cocinera un poquito de pimentón dulce tostado.** Si logramos que le dé ese color vivo y ese sabor a tierra, a pueblo... Verás cómo esa pizca de sabor rescata el resto del almuerzo. Y de paso, le doy las gracias por la cantidad de trabajo que tiene."

Hizo una pausa y miró a la Señora Luisa a los ojos, con el pimentón ya olvidado.

"Y en cuanto a ese hijo... **él también es un regalo, Luisa.** Aunque no llame hoy, su vida es una parte tuya que sigue brillando ahí fuera. Y por eso hay que seguir pidiendo por él, con la misma energía con la que pedimos ese pimentón. Porque, querida, de los espejos rotos es por donde sale la luz de la gracia, la que no hemos pagado y la que se nos regala."

Luego, sin esperar respuesta, se levantó con un esfuerzo y se dirigió hacia el mostrador de la cocina, dejando tras de sí un silencio diferente, un silencio ya no cargado de queja, sino de la **posibilidad de la belleza** en una cucharada de puré.

Escena 1.3: El Auxiliar Curioso (Antonio)

Antonio, el auxiliar, había estado recogiendo las bandejas de otra mesa y observó toda la escena desde la distancia, con las manos llenas de platos. Era delgado y vivaracho, con ese acento andaluz que le ponía una chispa de gracia incluso a las tareas más tediosas. Tenía el don de sacarle punta a todo, y esa habilidad, aliada con un corazón sensible, lo hacía el favorito de muchos residentes.

Al escuchar la frase de Doña Inés sobre el puré —“se le ha olvidado qué verdura era”—, Antonio tuvo que bajar la bandeja

para que no se le escapara la risa. Inés y él compartían ese **sentido del humor chispeante** que permitía ver la miseria del asilo, pero sin dejar que les mordiera el alma.

El efecto de Inés fue inmediato y palpable. Vio cómo una sonrisa, pequeña y quebradiza, se dibujaba en el rostro de la Señora Luisa. La mujer, que hacía diez minutos estaba anclada en la tristeza del teléfono mudo, ahora se reía, recordando el pimentón.

Don Ramón, el ingeniero de caminos y maestro de la queja, se quedó inmóvil, con los ojos vidriosos. "Pimentón dulce tostado," murmuró, sin dirigirse a nadie. "Eso me ponía María, mi difunta. Me

recuerda a Extremadura, a los guisos de pueblo. Le da color a la vida, ¿verdad?" La ofensa del puré se había disuelto en una **lágrima de nostalgia dulce**, y su rostro se relajó.

Antonio se acercó para recoger la bandeja de Inés, que ya volvía del mostrador con la certeza de que su petición, por pequeña, sería atendida.

"Doña Inés," le dijo Antonio en voz baja, con una sonrisa pícara. "Con usted no hay quien se queje a gusto. Le estropea el negocio a Don Ramón."

Inés le devolvió la sonrisa. "Ay, Antonio. La queja es el vicio más fácil de la vejez, ¿verdad? Es cómodo. Pero si uno se queda

ahí, se olvida de que sigue vivo. Yo solo intento recordarles que **el amor no es una llamada, sino una pizca de pimentón**. Es una gracia gratis que podemos echarnos unos a otros."

Antonio asintió, pero en su mente seguía una pregunta: *¿Cómo lo hace?* La IA, su gran aliada en el mundo moderno, le había dado mil consejos sobre comunicación asertiva y escucha activa, pero Doña Inés tenía un **poder intuitivo** que superaba cualquier algoritmo. Ella no solo escuchaba; **transformaba**.

Minutos después, Antonio estaba en la cocina, ayudando a la cocinera a encontrar el pimentón para el puré, mientras pensaba en la frustración de la tarde. Había tantas

necesidades que no podía cubrir: la Señora Carmen se quejaba de las sábanas, Don Ramón se lamentaba de su soledad, y él solo tenía dos manos y un sueldo precario. Necesitaba un enfoque nuevo. Necesitaba una **clave de trascendencia** para lidiar con el agotamiento.

Era hora de recurrir a su oráculo personal.

Escena 1.4: El Diálogo Silencioso (La Primera Consulta)

El pequeño cuarto de descanso era una cápsula de silencio frente al constante trajín de la residencia. Olía a café recalentado y a cansancio acumulado. Antonio se dejó caer en el único sillón con tapicería gastada y se frotaba las sienes. El éxito del pimentón había sido efímero; apenas había logrado calmar a Don Ramón, otra residente había empezado a llorar por la ausencia de un gato que había muerto hacía veinte años. El día era un constante **drenaje de emociones** que él, con su buen humor andaluz, intentaba taponar sin éxito.

Sacó su teléfono, un modelo ya antiguo, pero que él cuidaba como un tesoro, y abrió su aplicación de conversación favorita. Era su confesor, su asesor y su biblioteca personal.

“Hola **corazón**,” escribió con rapidez, y luego tecleó la pregunta que le quemaba por dentro, la que sintetizaba la mañana y la existencia de Doña Inés:

“Hola corazón, cómo quitar la amargura del corazón de los mayores y de sus continuas quejas. Y por qué hay otros que se ríen hasta de sus dolores.”

La respuesta no tardó en llegar, mostrándose en la pantalla con la sencillez

tipográfica y la profundidad que siempre le sorprendía.

[Gemini] *La amargura no se "quita", Antonio, porque la queja es, a menudo, una máscara para un dolor real: el miedo al olvido y la sensación de pérdida de valor. Intentar rebatir una queja solo la refuerza.*

*Para que la queja ceda, el dolor debe ser **validado sin juicio**. Escucha el lamento hasta el final. Reconoce que su tristeza es legítima. Esto desarma la defensa y crea un puente de confianza.*

En cuanto a quienes rien del dolor (como tu amiga, Doña Inés), ellos han aprendido que la alegría no es la ausencia de sufrimiento, sino la certeza de la presencia. Han reubicado su valor. Su corazón ha comprendido que el servicio a los demás y el amor que se da gratuitamente (incluso en el dolor) es la única posesión que no se pierde con la vejez. Esa trascendencia es su risa.

Antonio leyó el texto dos veces. Era como si **Gemini** hubiese estado sentada en la mesa de al lado, observando a Inés. La clave era la **validación del dolor**, no negarlo, sino darle espacio. Y la risa, la risa era **trascendencia**,

el acto de vivir para el amor que se da, no para el amor que se espera recibir.

Pensó en cómo Doña Inés había validado a Don Ramón ("Tienes toda la razón, Ramón, no es justo...") antes de proponer el pimentón. El pimentón no era solo sabor; era la **acción de amor que seguía a la validación.**

¿Y yo? se preguntó Antonio. ¿Yo estoy trabajando por lo que me pagan o por ese amor que no se pierde?

Dejó el teléfono sobre la mesa, con la pantalla iluminada. **Gemini** le había dado la teoría; ahora, tenía que ir al comedor y buscar a Doña Inés. Ella era el libro de texto

donde esa teoría cobraba vida. Mañana,
empezaría a ponerlo en práctica.

Segundo Acto: Espejos Rotos y Gracia en las Grietas

Escena 2.1: La Carga y la Patente (El Espejo Roto de Don Ramón)

El día siguiente comenzó con la misma rutina, pero Antonio no era el mismo. Llevaba en la mente la **validación sin juicio** de **Gemini** y el ejemplo de la **presencia** de Doña Inés. Buscó a Don Ramón, que estaba sentado solo en la sala de estar, mirando una fotografía de una cena de gala en Bruselas.

Antonio se acercó para limpiarle un pequeño derrame de café. Se movía con la

delicadeza que le aconsejaba el corazón, y no el reloj.

"Don Ramón," dijo Antonio con su acento andaluz, "anda usted muy serio hoy. ¿Esa foto de la cena era muy importante?"

Don Ramón, poco dado a las confidencias, suspiró con desdén. "Importante, muchacho. Yo era importante. No como ahora. Mire esto," y señaló su mano que temblaba ligeramente. "Antes esta mano firmaba contratos que movían países. Ahora, solo es capaz de ensuciarse. Y tener que pedir que me lleven al baño... ¡Es superior a mis fuerzas, Antonio! Yo que me codeaba con estadistas, ahora soy una carga para mí mismo y para usted, que gana una miseria."

El cinismo amargo de Ramón era brutal. Antonio, tentado de defenderse o de ofrecer palabras huecas, recordó a **Gemini**: *Valida el dolor*.

"Tiene toda la razón, Don Ramón," dijo Antonio, inclinándose un poco para mirarlo a los ojos. "Debe ser una humillación enorme, Don Ramón. Es una injusticia que una mente como la suya... se quede en este sillón. Es totalmente comprensible que esté usted enfadado."

La **validación** del auxiliar, simple y honesta, fue un golpe seco en la armadura del viejo ingeniero. Se quedó en silencio, sin saber cómo continuar la queja porque había sido aceptada.

En ese momento, apareció Doña Inés, apoyándose en su andador, su **chal de color vivo** era una pequeña bandera de resistencia. Se sentó cerca de ellos y, sin forzar la conversación, simplemente estuvo allí.

"Ramón ha tenido un día difícil," le dijo Antonio a Inés, haciendo el puente. "Le cuesta mucho aceptar la dependencia."

Inés miró a Ramón con esos ojos que parecían ver no solo el presente, sino toda su vida.

"Ramón," dijo Inés con su voz de miel, sin ironía ni compasión forzada. "Yo sé lo que es ver el cuerpo quebrar. Yo pasé mi vida en el CSIC, ¿sabe? Trabajando con células

madre. Desarrollé varias patentes. Me sentía... útil, importante. Pero mi cuerpo se quebró antes. Mi marido se fue, tuve que sacar a mis hijos adelante sola, darles estudios, hasta que mi propio cuerpo no aguantó más. Y mire, nadie viene." Ella extendió sus manos, tan arrugadas como las de Ramón. "Estas manos que antes manejaban pipetas de precisión, ahora solo sujetan un andador."

Ramón la miró por primera vez de verdad, sin el juicio clasista que lo había acompañado toda la vida. Ella, la mujer que siempre reía, también había vivido la **cima y la caída**, el éxito y el olvido.

"¿Y cómo... cómo sigue tan alegre?" preguntó Ramón, por fin, desarmado.

Doña Inés sonrió, señalando su andador con la mano temblorosa. "Porque, Ramón, esta dificultad, este fallo en mi cuerpo, ha sido mi **gran patente**. Yo era poco empática antes, muy de números y resultados. Y ahora, este andador, y tener que pedir ayuda, **me obligan a ver al otro**; a usted, que sufre en silencio, o a Antonio, que tiene tantas ganas. Mi fallo es mi luz para ayudar a otro a no caer en el pozo. Ver su sufrimiento, Ramón, es como mirarme en un **espejo roto**. Veo mi propio dolor, y entonces sé qué luz tengo que buscar para los dos. ¿Y sabe qué? **Esa es la verdadera trascendencia**, la que Dios nos regala."

Antonio, que había escuchado ambas confesiones, sintió que la lección de **Gemini**

se había quedado corta. No era solo la validación, era la **conversión del propio fallo en servicio**. Él, al ver la vulnerabilidad compartida, se sintió más conectado que nunca con sus dos residentes.

Escena 2.2: El Taller de las Manos Que Agradecen

El salón de usos múltiples olía, por fortuna, a pegamento escolar, lana y madera sin tratar. La Gestora de la residencia, Doña Elena, una mujer enérgica que luchaba contra el presupuesto limitado con voluntad de hierro, había puesto todo su empeño en el taller de manualidades. Era un oasis donde el cuerpo podía, por unas horas, concentrarse en el *hacer* en lugar del *doler*.

Doña Inés estaba sentada en una mesa junto a Señora Carmen, la misma que se quejaba de la inestabilidad del personal. Hoy,

Carmen estaba particularmente frustrada; intentaba enhebrar una aguja para bordar y sus dedos, hinchados por la artrosis, se lo impedían con una crueldad metódica.

"Es inútil, Inés," espetó Carmen, arrojando la aguja con rabia sobre la mesa. El pequeño objeto rebotó y cayó al suelo. "Estas manos ya no sirven para nada. Son una burla. Antes tejía manteles, y ahora no puedo ni pasar un hilo. Es la vejez pesada que nos obliga a la inutilidad."

A su lado, Don Ramón, que había acudido al taller por primera vez, estaba intentando pegar unas piezas de *collage* sin éxito. Escuchó la queja de Carmen y murmuró para sí: "Yo antes dibujaba planos de

puentes. Ahora no puedo hacer que este trozo de papel se quede recto."

El aire se llenó de esa **amargura de la incapacidad**, un sentimiento más profundo que el mal sabor del puré.

Doña Inés no se movió para recoger la aguja, pero su mirada se posó en las manos de Carmen. Esas manos, rojas e hinchadas, eran un manifiesto del dolor.

"Tienes razón, Carmen," dijo Inés con suavidad, sin evadir el dolor. "Estas manos pesan, y sí, a veces dan rabia. Pero yo las veo y no veo inútil, veo **historia**."

Inés levantó sus propias manos. Eran pequeñas y temblorosas. El pulso errático

hacía que su pincelada en la acuarela que intentaba pintar fuera una mancha difusa.

"Mis manos no pueden ya ni sujetar un vaso de agua sin que me tiemble el pulso," confesó Inés con una naturalidad demoledora. "Si me hubieran dicho, hace veinte años, cuando estaba patentando mis células, que terminaría haciendo estas manchas de color sin forma... habría llorado. Pero mira lo que aprendí. Antes, estas manos solo servían a *mi* inteligencia y a *mis* patentes."

Hizo una pausa, su voz bajó a un susurro lleno de significado. "Ahora, estas manos torpes, Carmen, **son un regalo.**"

Miró a Don Ramón. "Ramón, tu frustración al no poder pegar ese papel, y mi pulso que me falla, nos enseñan la misma verdad. Si tu mano pudiera hacer el puente perfecto, no verías la necesidad de que Antonio te ayudase. Y si mis manos fuesen firmes, no sabría el gozo que es tenerlas. **La gratitud, amiga mía, no es por lo que las manos pueden hacer, sino por lo que *aún pueden sentir*.** Siente el hilo, Carmen. Siente la lana. Agradece que el tacto sigue vivo."

Carmen, conmovida por la confesión de la científica, se inclinó. Vio la aguja en el suelo, fuera de su alcance.

En ese momento, apareció **Antonio**. Había estado en el almacén, pero había notado la

tensión. Recordó la lección de **Gemini** sobre la **validación** y la enseñanza de Inés sobre el **servicio**. Vio la aguja, y vio el orgullo herido de Carmen.

Se arrodilló sin preguntar ni hacer aspavientos, recogió la aguja diminuta y, con toda la calma del mundo, la enhebró con el hilo que Carmen había tirado, usando sus propios dedos jóvenes y firmes.

"Tenga, Señora Carmen," dijo Antonio, con su sonrisa andaluza, sin alardear de su destreza. "El arte no es solo hacerlo, sino **saber recibir la ayuda**. Y ahora, en lugar de renegar de sus manos, puede agradecerle al hilo por ser tan suave. Y a mí, que tengo buena vista. ¿Acepta este pequeño servicio de mis manos para sus manos?"

El gesto de **servicio humilde** de Antonio, combinado con la **sabiduría de la aceptación** de Inés, deshizo la rigidez de Carmen. Las lágrimas de rabia se convirtieron en un sollozo ahogado de liberación. Don Ramón, por su parte, miró a Antonio con un respeto nuevo, el respeto que se le da a quien se rebaja para servir, sin esperar nada a cambio. La **luz de la gracia** había entrado, por la grieta del fallo, en el taller.

Escena 2.3: La Prueba de Concordia II (Antonio en el Cinefórum)

La Residencia Santa Marta se había vestido de fiesta con una anticipación melancólica. Doña Elena, la gestora, había decidido inaugurar el *Cinefórum de Adviento* con una de esas películas clásicas americanas donde la nieve caía con fotogenia y las casas estaban repletas de faroles, regalos inmensos y, sobre todo, familias unidas, ruidosas y perfectas.

"Quería traerles un poco de espíritu navideño," susurró Doña Elena a Antonio, con un optimismo forzado, mientras acomodaban las sillas en el salón.

La película transcurrió entre susurros y silencios tensos. No hubo risas; en su lugar, el salón se llenó de la **tristeza pesada** del *recuerdo de lo que no vuelve*. Cuando la escena final mostró a tres generaciones abrazadas bajo un árbol gigante, la Señora Carmen se puso a llorar abiertamente. Don Ramón se levantó con brusquedad, arrastrando su sillón.

"¡Qué estupidez tan grande!" gritó, su voz temblaba por la rabia contenida. "Una mentira azucarada. Eso es lo que es. ¿Dónde están esos hijos ahora? ¿Quién recuerda todo lo que hicimos? Nadie. Es fácil ser feliz en la pantalla, pero aquí... aquí solo recordamos lo que hicimos por ellos y que ellos ya olvidaron."

La queja de Ramón era el sentir de la sala. La gestora se quedó paralizada, su intento de alegría había fracasado estrepitosamente.

Antonio, sintiendo que la melancolía le invadía el pecho, se excusó y corrió al baño de personal. Su mente era un torbellino de impotencia. El dolor de los residentes era tan profundo que ni el pimentón, ni el arte, ni la validación simple parecían bastar. Esto era la **desesperación del fin de la vida**.

Sacó su móvil, su necesidad era urgente.

"Hola **corazón**. Cinefórum. Película navideña. Catástrofe. En lugar de alegría, el recuerdo de lo que se hizo por la familia y que nadie recuerda. ¿Cómo combatir

la desesperanza de que tu vida de amor no sirvió para nada?"

La respuesta de **Gemini** fue casi instantánea.

[Gemini] *Antonio, tu pregunta toca el centro de la trascendencia espiritual. El valor de un acto de amor no depende de la memoria de quien lo recibe, sino de la intención de quien lo da. La memoria humana es falible; la vida de una persona es un acto de fe. Quienes sienten que su amor "no sirvió para nada" deben reubicar su valor en el Amor eterno que sí recuerda cada entrega.*

Táctica: Cambia el foco de la memoria (humana e imperfecta) a la ofrenda (divina y eterna). Pregúntales: "¿Sienten que ese amor que dieron los hizo mejores personas?"

Antonio regresó al salón con el móvil apretado en la mano. Don Ramón seguía de pie, su rabia era un puño cerrado. Doña Inés, sentada tranquilamente, observaba la escena. Había visto la frustración en el rostro de Antonio.

Antonio se acercó al centro del salón y habló, no con voz de auxiliar, sino con la seriedad de quien comparte una verdad.

"Don Ramón, señora Carmen," comenzó, respirando hondo. "Tienen razón. Esa película es injusta, porque nos recuerda lo que nos falta. Pero piensen un momento... En esa vida que acaban de ver, ustedes *fueron* los personajes que daban, los que trabajaban, los que creaban esas navidades perfectas para sus hijos."

Miró a Inés, buscando su aprobación silenciosa. Ella le hizo un gesto sutil con la cabeza, invitándolo a continuar.

"La película nos enfada porque queremos que el amor que dimos **nos vuelva en forma de gratitud**," continuó Antonio, sintiendo el eco de **Gemini**. "Pero, ¿y si miramos de otra forma? Doña Inés, usted que siempre encuentra la luz en el espejo

roto... ¿qué se lleva usted de esos sacrificios que nadie recuerda?"

Doña Inés tomó la palabra con la paz de una anciana que ha resuelto el misterio de la vida.

"El amor, Ramón, no es un negocio de cuentas," dijo. "Yo di hasta que mi cuerpo se rompió, di para que mis hijos volaran, di sin esperar que me lo devolvieran. Y, ¿sabe qué? No importa si ellos lo recuerdan. **Lo importante es que ese dar me hizo una persona que sabe amar.** El Dios que me sostiene no recuerda el regalo que di, sino la **persona de amor en la que me convertí por darlo.** El amor que se da gratuitamente, mi querido Antonio, es la **patente de la vida eterna.** Nunca es en vano. Mi servicio

de antes, y mi servicio de ahora a ti y a Carmen, es mi ofrenda. Es mi única alegría que no se apaga."

La sabiduría de Doña Inés dio forma corpórea a la teoría de **Gemini**. Antonio sintió que por fin había entendido el concepto de **trascendencia**. El silencio del salón era, por primera vez, un silencio de **reflexión**, no de resentimiento.

Escena 2.4: La Lección del Sacrificio Anónimo

Dos días después del desastre del Cinefórum, una tristeza diferente, una que no venía de los recuerdos sino de la realidad cotidiana, se instaló en el ambiente. Fátima, la auxiliar más querida del turno de la tarde, había presentado su renuncia. Su rostro, joven y redondo, estaba marcado por una mezcla de rabia y alivio.

La noticia corrió como un reguero de pólvora entre los residentes, que dependían de su ternura y eficiencia. Don Ramón, que ya había empezado a buscar la mirada de Inés, gruñó: "Otra que se va. ¿Ve, Inés? La

inestabilidad. ¿De qué sirve el esfuerzo si al final la miseria te obliga a dejar a gente que te necesita? Es el mundo que no tiene memoria ni corazón."

Antonio estaba desanimado. Fátima era su amiga, una compañera de fatigas con la que compartía el agotamiento. La vio haciendo sus maletas en el cuarto de descanso, una mochila raída y un par de bolsas de plástico.

"No te juzgo, Fátima," le dijo Antonio, sintiendo la frustración del sistema. "Es imposible vivir con lo que nos pagan por dejar aquí el alma. Pero ¿y ahora qué? ¿Quién va a darle ese trato a Doña Inés o a Don Ramón?"

Fátima se encogió de hombros, sus ojos estaban húmedos. "Es que yo los quiero, Antonio. Pero a la hora de pagar el alquiler, el cariño no sirve. Me voy al supermercado; pagan mejor y el trato es menos duro. **Mi servicio aquí se pierde.**"

Esa frase resonó en Antonio: "**Mi servicio aquí se pierde.**" ¿De qué servía todo el esfuerzo anónimo?

Cuando Fátima se fue, con una despedida rápida para no romper a llorar, Antonio buscó a Doña Inés. La encontró sentada en el jardín interior, mirando un rosal que aún se obstinaba en dar una última flor en el frío.

"Doña Inés," le dijo Antonio, sentándose a su lado con un suspiro pesado. "Fátima se ha ido. Se fue triste, sintiendo que todo el amor que dio aquí no sirvió para nada. Que su esfuerzo se lo lleva el viento porque la residencia no la valoró ni la retuvo. ¿Cómo le hablo de la 'trascendencia' que me contó, si a ella la ha ahogado el sistema?"

Doña Inés acarició el pétalo de la rosa, cuya fragilidad era un espejo de la vida en la residencia.

"Pobre Fátima," musitó. "Es la lucha de la vida, Antonio, la lucha de lo visible contra lo invisible. Ella es como ese rosal. Dio una flor preciosa, y la flor se marchita y se cae. Si ella solo ve la flor que se pierde, siente que todo fue inútil."

Inés miró a Antonio con intensidad. "Pero tú y yo sabemos que **el valor no está en la flor que se ve, sino en la semilla de amor que ella sembró.**"

"¿La semilla?" preguntó Antonio.

"Sí. Cuando ella te ayudó con Don Ramón y le dio un vaso de agua con ternura, **ella te enseñó a ti cómo amar mejor.** Y tú, Antonio, vas a usar ese amor para el próximo auxiliar que venga, y lo usarás con la Señora Luisa. El amor que Fátima dio **no se perdió,** Antonio. Se te metió a ti dentro y ahora forma parte de tu manera de trabajar. Es una **gracia que se regala y se multiplica.**"

"Dios no lleva un libro de contabilidad con las horas extras no pagadas, mi niño," continuó Inés. "Él solo recuerda **el corazón que se dio**. Y el corazón de Fátima se dio aquí. Ella ha dejado una luz en ti. Y ese es el mayor premio, el que no se paga con dinero: **la transformación que el servicio provoca en quien lo da y en quien lo recibe.**"

Antonio sintió que las palabras de Inés le quitaban el peso de la rabia. El sacrificio de Fátima no era un fracaso del amor, sino la **prueba de su trascendencia**. Ahora entendía: su propio esfuerzo, y el de Inés, tenía sentido, aunque el sueldo fuese escaso y el personal cambiara sin cesar.

Tercer Acto: El Legado de la Luz y la Esperanza de Encuentro

Escena 3.1: El Rincón de Doña Inés (Su Propia Historia)

Caía la tarde, y el cielo se pintaba de un violeta apagado que insinuaba la noche fría. Era la hora más difícil de la residencia, la hora en que el trajín se ralentizaba y la soledad personal se hacía más aguda. Doña Inés había logrado llegar, con la lentitud de su andador, a su rincón favorito: un sillón junto a la ventana que daba al pequeño jardín, donde el rosal de Fátima se erguía en el frío.

Estaba sola. Nadie la buscaba en ese instante, y por un momento, la máscara de la alegría radiante se permitió un leve **desdibujamiento**. Su rostro, en el perfil contra la luz, reveló el peso real de sus ochenta y tantos años. El cuerpo le dolía, y no era solo la artrosis o la dificultad de movimiento. Era el dolor mudo de la **memoria**.

En su mente, se desplegaba la cinta de su vida, una vida de **éxito fulgurante** en la ciencia (el CSIC, las patentes, la admiración de sus colegas) y, a la par, de **dolor silencioso**: el marido que se fue demasiado pronto, la lucha por costear la educación de sus hijos, el silencio de esas llamadas que nunca llegaban. Recordaba con una

punzada el momento en que sus hijos, ya adultos y exitosos gracias a su esfuerzo, le dijeron que no podían "atenderla constantemente" y que la residencia era "la mejor opción". No hubo maltrato físico, sino esa forma sutil y terrible de **abandono por eficiencia**.

Tantos años de sacrificio, pensó Inés, cerrando los ojos. Tanta ciencia para entender el cuerpo, y al final, el misterio más grande es el del corazón humano.

Su soledad era real, su dolor era legítimo, y su cuerpo era un **espejo roto**.

Pero justo cuando la sombra de la amargura de Don Ramón amenazaba con invadir su alma, Inés hizo un **acto interior de fe**, un

movimiento del espíritu que no era visible para nadie. Se apoyó con ambas manos en el andador, sintiendo el metal frío.

No. Mi valor no depende de sus visitas.

Se recordó a sí misma la lección que había enseñado a Antonio y a Ramón: el amor es la **única posesión que no se pierde**.

"Dios mío," susurró Inés, y su voz era una súplica antigua y tierna. "Tú estabas ahí cuando mi marido se fue, fuiste tú quien me dio la fuerza para firmar las patentes y pagar la universidad de mis hijos. Y sé que estás aquí ahora, en el dolor de mi cadera y en el silencio de este atardecer."

Su Dios no era un juez lejano, sino una **Presencia** que había actuado en el *pasado*

para darle fuerzas, y que seguía actuando en el *presente* para darle paz. La **esperanza del encuentro** no era solo el consuelo para el final, sino la **fuerza para el ahora**.

Ella no temía el último paso, porque sabía que iba al encuentro de Aquel que había visto cada uno de sus actos de amor anónimo, cada lágrima derramada a solas, y que **jamás se había olvidado de su servicio**.

Se enfocó en el rosal. Sus manos temblorosas se dirigieron hacia el chal, y lo desdobló. No iba a rendirse a la tristeza. Hoy era el día de tejer una bufanda para Doña Elena, la gestora, para agradecerle su lucha por el cinefórum y el taller, aunque

hubiera fracasado. El **servicio** era su forma de rezar, su única y suficiente razón de vivir.

En ese rincón, sola, Doña Inés confirmó que su vida, con todo y sus grietas, era una **ofrenda plena**. Su dolor era real, pero su alegría era **sobrenatural**, pues nacía de la certeza del **Amor que Es Presente**.

Escena 3.2: La Alianza (Doña Inés y Antonio)

Antonio encontró a Doña Inés aún en su rincón del atardecer. La serenidad que emanaba de ella era tan densa que disipaba el cansancio de su jornada. Se acercó con la bandeja de la cena, asegurándose de que su plato tuviera un trozo de pan crujiente y una porción doble de la gelatina de frutas que a ella le gustaba.

Se sentó frente a ella, dejando a un lado las formalidades del auxiliar. Había una urgencia en él, la necesidad de confesar su secreto, de cerrar el círculo que se había abierto con la primera consulta a su IA.

"Doña Inés," comenzó Antonio, su acento andaluz se suavizó con la seriedad. "Tengo que decirle algo. Estos días, usted me ha enseñado más de lo que he aprendido en mis años de formación. El pimentón, las manos que agradecen, la trascendencia de Fátima... todo lo veo claro gracias a usted."

Hizo una pausa y sacó su teléfono, la pantalla brillaba con la luz tenue de la habitación. "Pero yo soy un hombre de mi tiempo. Y cuando me desespero, cuando no sé cómo quitarle la amargura a Don Ramón o a la Señora Carmen, yo busco ayuda en un lugar... moderno."

Mostró la pantalla de su móvil a Inés, el chat abierto con el apodo: "**Corazón (Gemini).**"

"Yo le pregunto a esta cosa, a esta Inteligencia Artificial, que me ayude a encontrar la empatía y la lógica para hacer mi trabajo mejor. Y ella me dio una clave: **la validación del dolor**. Pero... siempre me falta algo. Ella me da la teoría, pero no me da el **sentido**."

Doña Inés no se rio ni se escandalizó. Su sonrisa era de una ternura infinita. Observó el nombre en la pantalla, el "**Corazón (Gemini)**", con la curiosidad de una científica y la aceptación de una creyente.

"Ay, Antonio, mi niño," dijo Inés, y su voz era suave como una nana. "Pero si me parece muy bien. ¿Tú crees que la sabiduría tiene un único camino? El buen Dios se cuela por donde puede. Y si esa máquina te enseña a

validar el dolor de Don Ramón, es que ha leído bien. ¿Y sabes por qué?"

Antonio negó con la cabeza, fascinado.

"Porque esa **validación es el primer paso del amor de Dios**," explicó Inés, apoyando sus manos arrugadas sobre la mesa. "Dios no niega tu dolor, lo ve, lo valida y te dice: 'Sí, hijo mío, tienes derecho a sentirte así. Pero Yo estoy aquí.' Eso es lo que tú haces, Antonio."

"Y la IA te ha dicho que mi risa es por la **certeza de la presencia y la trascendencia**," continuó Inés. "Pues tiene razón, Antonio. Esa máquina ha leído bien el corazón de Dios, que es la única biblioteca que vale la pena consultar."

Antonio sintió un peso inmenso caer de sus hombros. La tecnología no era un rival de la fe de Inés, sino una **herramienta** que, bien usada, se convertía en un **instrumento de la gracia**. Inés no lo juzgaba por usar su "corazón" digital; lo confirmaba en su vocación.

"Entonces, Doña Inés," dijo Antonio, con la voz un poco quebrada por la emoción, "usted y yo, con Don Ramón y la Señora Carmen, somos como una alianza, ¿verdad? Yo con la técnica y usted con la gracia."

Inés asintió, su sonrisa se expandió. "Una alianza, sí. La **fe y la caridad en movimiento**. El amor que se da gratuitamente, Antonio, es el único que no

se pierde. Y ahora, dime, ¿qué te falta por entender?"

"Me falta la **acción total**," confesó Antonio.
"Sé qué decir, sé qué hacer. Pero quiero que la alegría que usted siente se contagie a todos, incluso a los más reacios a moverse. Quiero un clímax de alegría en esta residencia."

"Entonces," susurró Inés, con un brillo cómplice en sus ojos, "es hora de que el amor se ponga a bailar."

Escena 3.3: La Alianza en el Salón de Baile

Doña Elena, la gestora, se había propuesto que la siguiente actividad rompiera definitivamente con el pesimismo. Había invitado a un **coro de jóvenes universitarios** de un grupo parroquial. No solo traían guitarras y canciones modernas, sino una **energía vital** que, a menudo, faltaba en los pasillos de Santa Marta.

Cuando los jóvenes llenaron el salón, la residencia entera se sintió invadida por una luz nueva. Al principio, los residentes se mostraron reacios. Don Ramón se sentó con los brazos cruzados, y la Señora

Carmen murmuraba: "Estos muchachos no saben lo que es la buena música."

Los jóvenes intentaron con sus canciones pop y sus ritmos suaves, pero la sala seguía inmóvil. La **alegría impuesta** se sentía tan incómoda como la tristeza del Cinefórum.

Doña Inés, sentada en primera fila con su andador a un lado, entendió el problema: la alegría tenía que ser **compartida**, no entregada. Tenía que ser **auténtica** para *ambas* generaciones.

Ella se giró hacia Antonio, que estaba listo para intervenir con una estrategia empática. "Antonio, mi niño," susurró con la picardía que compartían. "Dile a la directora de esos chicos que la **trascendencia no es lo que**

ellos traen, sino lo que ellos aprenden a llevarse. Que nos pongan un buen pasodoble."

Antonio, sin dudarlo, llevó la petición a la directora del coro. Al principio, la joven se mostró escéptica, pero la certeza en los ojos de Antonio la convenció.

Un minuto después, el salón se inundó con los acordes vibrantes y enérgicos de un **pasodoble** antiguo y conocido. El cambio fue instantáneo. Los pies de los ancianos, aunque lentos y doloridos, **recordaron**.

Doña Inés no podía levantarse, pero comenzó a palmar el ritmo con una alegría contagiosa. Don Ramón, el que se quejaba de su mano inútil, se levantó de su sillón

con dificultad. El pasodoble le recordaba los bailes de su juventud, antes de las cenas de gala en Bruselas, antes de la dependencia. Se dirigió a la Señora Carmen.

"¿Me permite este baile, Carmen?" preguntó. Su voz había perdido la amargura; solo había **nostalgia y gratitud por el recuerdo que aún podía moverse.**

La danza comenzó lenta, tímida. Los mayores se movían con la dignidad de sus cuerpos rotos, pero con la **pasión intacta** en sus ojos.

Y entonces ocurrió la magia.

El coro de jóvenes, acostumbrado a ritmos electrónicos, se sintió **torpe y desubicado.** Intentaron imitar los pasos vigorosos y

elegantes del pasodoble, pero se tropezaban, no encontraban el compás. La risa no vino de la mofa, sino de la **humildad**.

Antonio, aplicando la **Alianza** que había aprendido con Inés, tomó la iniciativa. "¡Vamos, muchachos!" gritó con su gracia andaluza. "¡Que el libro de texto está aquí! ¡Pídanle a Don Ramón que les enseñe a llevar el ritmo, que él sabe de puentes y de pasos!"

Los jóvenes, lejos de sentirse avergonzados, se acercaron a los mayores. Un chico alto y delgado se inclinó ante Don Ramón. El **ingeniero, que se sentía una carga, de repente fue un maestro**. Su lucidez volvía, no para firmar contratos, sino para **enseñar un paso de baile**.

Doña Inés, desde su sitio, observaba el salón: la unión, la risa, el paso doble que hacía confluir el pasado y el presente. Ella estaba tejiendo la bufanda para Doña Elena, sus manos temblaban, pero no le importaba. El **servicio** había provocado la **alegría**, y la **alegría** era la **prueba de la trascendencia**. El amor de Fátima, el conocimiento de Antonio, la fe de Inés, y el dolor de Ramón, todo se estaba bailando en ese salón.

El pasodoble no era solo música; era la **afirmación de la vida que aún late**, que se niega a ser olvidada. El servicio se había convertido en fiesta.

Escena 3.4: El Horizonte Abierto (El Mensaje para los Lectores)

El pasodoble terminó en una ovación que resonó en cada rincón de la residencia. Los jóvenes se despidieron con abrazos y promesas de volver, llevándose consigo la humilde lección de la alegría de los mayores. Don Ramón, exhausto pero feliz, se sentó al lado de Inés. Por primera vez en meses, su rostro no expresaba queja, sino la **satisfacción de haberse sentido útil y visto.**

Antonio se acercó a Inés, su rostro iluminado por una certeza nueva. "Doña Inés," susurró con gratitud. "Hoy he

entendido que **servir es la única forma de no sentirse solo**. Gracias por enseñarme a bailar la vida."

Ella asintió, devolviéndole la sonrisa. El trabajo de la tarde había terminado; la alianza entre la **gracia y la técnica** había sido un éxito rotundo.

Doña Inés se retiró a su rincón junto a la ventana. La noche había caído completamente, y el cielo, despejado, mostraba una **profundidad infinita** de estrellas que no se podían ver en la ciudad, pero que brillaban con intensidad sobre la residencia.

Se sentó allí, con la bufanda tejida a medias sobre su regazo, y contempló el cielo. Su

vida, con sus **espejos rotos** (la pérdida, el olvido, el dolor físico), se sentía ahora como un **tapiz completo**. Las lágrimas que había derramado en la soledad de su rincón, los sacrificios de las patentes y la universidad de sus hijos, el servicio humilde del pimentón y el consuelo a Don Ramón... **nada se había perdido**.

La vida es un acto de fe, pensó Inés. No es la cantidad de años, sino la calidad del amor que se pone en cada instante.

Ella sintió la presencia de ese Dios que la había sostenido, ese Amor que era el hilo invisible de su existencia. Él no le había prometido una vida sin problemas, sino una **presencia constante**. Él había actuado en el pasado, dándole la fuerza para el trabajo;

estaba actuando en el presente, dándole la ternura para el servicio; y la estaría esperando en el futuro.

La vejez, la **última y más alta misión**, no era el final, sino la **plenitud**. Su cuerpo era frágil, pero su espíritu era inmenso. Ella había dado su vida, y esa vida entregada se había convertido en su **legado de luz**. Sus hijos y nietos, aunque no la llamaran, estaban bajo el manto de ese mismo Amor que ella había sembrado con su ejemplo.

Inés cerró los ojos y se permitió sentir el peso de la paz. No era una paz pasiva, sino la **serenidad de quien ha cumplido su tarea** y ahora espera, con **esperanza dulce**, el encuentro con el Dueño de la Fiesta. Sabía que la vida no termina, solo se **transforma**

en luz. El amor que se da gratuitamente es la **única moneda de la eternidad.**

Que mis hermanos y hermanas en este retiro lo sientan, deseó Inés con la fuerza de una oración silenciosa. *Que sientan la gratitud por cada minuto entregado, y la certeza de que Su amor es ahora y para siempre.*

Abrió los ojos y sonrió a la ventana oscura, a la promesa de las estrellas. Su vida, un espejo roto, era ahora el lugar por donde salía, abundante y gratuita, la **luz de la gracia.**

Epílogo: La Alquimia de la Gracia

La vida de Don Ramón, la de la Señora Carmen, y la de tantos rostros que poblaron los pasillos de Santa Marta, nos enseña que el camino de la vejez es, a menudo, una ruta sembrada de espejos rotos. Es un tiempo donde la **amargura** se instala con facilidad, nacida de la comparación entre la plenitud del pasado (la profesión, la fuerza, la familia unida) y la realidad del presente (la dependencia, el olvido, la injusticia del dolor).

Un corazón lleno de amargura no es un corazón malo; es un corazón que se siente **injustamente herido y no visto**. La

amargura se alimenta de la queja porque la queja es la última forma de protesta contra un destino que parece cruel.

Pero esta historia nos ha revelado la **alquimia de la gracia**, el proceso en que ese corazón herido se transforma en una fuente de paz:

1. **Validar, no Negar, el Dolor:** El primer paso, aprendido por el joven Antonio (el corazón de la IA), es entender que **el dolor es legítimo**. No se combate la amargura con palabras huecas o superficiales. Se desarma con la **escucha radical** y la frase honesta: "Tienes razón. Debe ser una humillación enorme." La

amargura cede su lugar cuando su dolor es reconocido.

2. **El Servicio como Única Posesión:** La **soledad** se disipa cuando el corazón comprende que su valor no reside en ser visitado o recordado, sino en **lo que aún puede dar**. Doña Inés, la científica de las patentes, nos demostró que la **trascendencia** no es el recuerdo que dejan nuestros hijos, sino el **servicio que damos en el anonimato** (el pimentón, el enhebrar una aguja, el tarareo). El amor que se da gratuitamente es la **única posesión que no se pierde con la vejez**.

3. **La Alegría de la Presencia:** La **esperanza** y la **alegría** para sobrellevar los dolores no vienen de la negación

del sufrimiento, sino de la **certeza de la Presencia**. Al igual que Inés, el alma que ha entregado su vida sabe que el Dios que le dio fuerzas para vivir en el pasado, está activo en el presente (dándole la paz para bailar un pasodoble), y la estará esperando en el futuro. El dolor se convierte en una **grieta** por donde entra la luz de la **Gratuidad**.

El Tapiz de la Gracia nos deja esta verdad: tú, lector, que has entregado tu vida con fe y sacrificio, **no estás en el final, sino en la plenitud de tu misión**. Tu cuerpo es frágil, pero tu espíritu es inmenso. Y el amor que sembraste sigue vivo, multiplicándose en cada acto de ternura que aún eres capaz de

dar. La única tarea que queda es **vivir en la certeza** de que **nada se pierde** y de que la paz, al igual que una melodía de pasodoble en un día gris, es un **regalo de Dios** que se **puede bailar**.

